

SUCESOS CONTEMPORANEOS.



Vista de la Iluminación del Prado.

Descripción de las fiestas reales celebradas en Madrid en octubre de 1846, con motivo del casamiento de S. M. la Reina Doña Isabel II y de la Serma. Sra. Infanta Doña Luisa Fernanda.

VI.

FUNCION REAL DE TOROS.

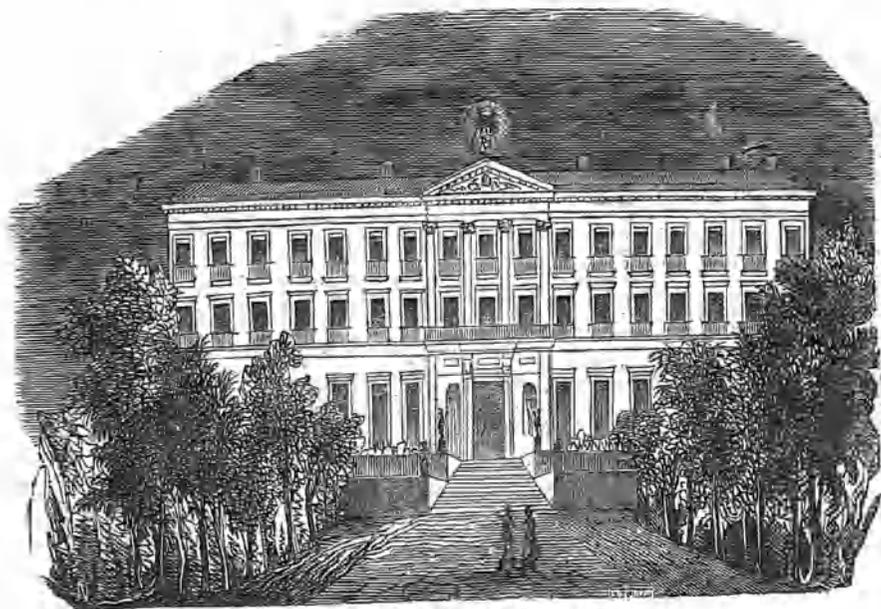
La función real de toros es un rasgo de fisonomía nacional lleno de interés y muy digno de atención. Prescindiendo de la importancia que por sí solo la da el largo espacio de tiempo que media de una á otra, la inmensidad y sorprendente golpe de vista del circo que se prepara para ella y que desaparece así que se celebra, el aparato deslumbrador de esta magnífica fiesta, el lujo de las comitivas, la particularidad de los caballeros en plaza y otras varias circuns-

tancias que contribuyen á su brillantez, hacen que se diferencie mucho de una corrida ordinaria de toros, y la prestan el privilegio de causar un verdadero placer, reproduciendo en la imaginación el recuerdo de los antiguos torneos y el de la corte de los mejores tiempos de España.

La hermosa plaza en que se celebra esta suntuosa función, tiene 434 pies de largo, 334 de ancho y 1336 de circuito. Está fundada sobre pilastras de piedra que forman soportales muy capaces, y tiene cinco suelos hasta el tejado, y 71 pies de altura. Difícil es dar una idea del aspecto que presenta esta hermosa y estendida plaza, cer-

rada completamente con andanadas de tendidos y galerías y fingidas casas en el hueco que resulta por construir (1) adornados los tres órdenes de balcones con vistosas colgaduras de paño grana y oro en los primeros y terceros, amarillo y plata en los segundos ó del centro, y azul y plata en la varandilla alta, interrumpida únicamente esta suntuosa decoración con la rica colgadura azul de la casa real de la Panadería, desde cuyo balcón principal adornado con un magnífico dosel de terciopelo

carmesí bordado de oro presencia S. M. y real familia la función, y ocupadas todas las localidades por espectadores hasta el número de cincuenta mil, cuyos trajes de diversos colores completan la visualidad de este circo maravilloso y encantador. El Ayuntamiento se ha atendido estrictamente esta vez en cuanto á la disposición de la plaza, al órden que se siguió en la última función que presenciámos en Junio de 1833 con motivo de la jura de la Princesa Isabel, y no obstante la escasez del tiempo se-



Iluminacion del Palacio de Buenavista.

ñalado para preparar dignamente el majestuoso circo y brillantes fiestas, ha conseguido que la función real de 1846 no desmereciera de las que en otras ocasiones se han celebrado con todo el lujo y la magnificencia de la antigua corte de España.

Verificada la prueba de caballeros en plaza en la de la puerta de Alcalá, en la que se presentaron en liza cuatro con otros tantos toros embolados, de los cuales, uno estropeó gravemente á uno de los rejoneadores inutilizándole para lidiar al día siguiente, y en la que otros dos anduvieron algo torpes en las suertes, demostrando el restante gran maestría y muchos conocimientos en equitación, que hacían esperar se luciera al día siguiente, tuvo lugar en la mañana del 16 la prueba formal acostumbrada en tales ocasiones. A las diez salta el primer toro

(1) Los periódicos han hecho indicaciones al Ayuntamiento, para que, aprovechando el estado en que se encuentra la Plaza con motivo de los trabajos hechos para las corridas reales, se ejecuten varias obras de adorno. Nosotros nos limitaremos á rogarle que remueva con energía los obstáculos que se opongan á la edificación en el solar de la calle de Gerona, que con escándalo general está sirviendo de muladar muchos años hace, así como al derribo y reedificación de las casas y arco contiguo á la de la Panadería.

entre el ruido de los timbales y clarines, y sucesivamente se lidiaron hasta ocho, sin que esta corrida ofreciera nada de particular en sí misma; los toros fueron flojos en general, pero mas que ellos llamaba la atención la magnífica perspectiva, que como hemos dicho, presentaba la plaza.

El cielo, nublado desde el amanecer, amenazaba descargar en un fuerte aguacero y burlar la curiosidad de los madrileños y de la multitud de forasteros y extranjeros que habían acudido á nuestra capital movidos en gran parte por el deseo de presenciar las corridas reales: á las nueve de la mañana comenzó la atmósfera á despejarse, continuando del mismo modo aunque sin limpiarse el cielo por completo de nubes hasta las dos y media de la tarde, hora señalada de antemano por S. M. para dar principio á la función.

Una concurrencia inmensa llenaba todos los balcones, gradas y tendidos, en los cuales se hallaban mezclados jóvenes y señoritas que hacían ostentación de sus elegantes trajes, militares y personas de edad provechosa mal avenidas otras veces con el movimiento y algazara de nuestras corridas de toros; apenas había distinción de personas en los asientos, y las que por lo común eligen los mejores se hallaban esta vez en las últimas localidades.

Todo era impaciencia y regocijo; á las tres menos cuarto entraron los alaharderos que recorrieron la plaza con su música al frente, colocándose después según costumbre, al pié del balcón de SS. MM., formando con sus pechos la continuación de la barcera interrumpida en aquel punto.

Á las tres dadas, llegaron SS. MM. y A.A. y ocuparon el balcón principal de la casa Panadería, que como ya hemos dicho estaba magníficamente colgado de terciopelo carmesí y coronado por un rico dosel del propio color recamado de oro; á la derecha de S. M. se colocó la Reina Cristina y á la izquierda el Rey su augusto esposo, por este lado seguían S. A. R. la Infanta Doña

Luisa Fernanda, su esposo y las hermanas de S. M. el Rey; á la derecha de la Reina Cristina estaba el Serenísimo Señor Infante D. Francisco de Paula. El Duque de Aumale parecía no querer asiento fijo.

La Reina é Infantas tenían sombreros con ligeros adornos, y sombrillas blancas para libertarse del sol que las daba casi de frente. Todos los Príncipes estaban vestidos de paisano.

En el balcón de la izquierda de S. M. se hallaban los ministros y detrás de la Reina y en el balcón de la derecha muchos grandes y servidumbre de palacio.

Experimentóse alguna dilación en los preparativos de la fiesta que indudablemente seria precisa; mas de un



Comitiva de un caballero en plaza.

cuarto de hora trascurrió hasta que los caballeros en plaza acompañados de sus padrinos entraron por el arco de la calle de Toledo en el orden siguiente:

Un coche tirado por cuatro caballos castaños en que iba el Sr. Conde de Altamira con el caballero en plaza su ahijado. Vestía el caballero D. Roman Fernandez un traje azul celeste y blanco á la usanza de la España austriaca; el padrino llevaba uniforme de alto dignatario de palacio.

El segundo coche era conducido por seis caballos del mismo color con arneses encarnados y guirnalda de flores; en él iba el Sr. Duque de Abrantes con uniforme de maestrante de Sevilla y su ahijado D. Antonio Miguel Romero, que vestía el traje de la época de Felipe IV, capa y ropilla de terciopelo verde con acuchillados y adornos blancos, bota y calzon de ante, espada, espuela y estribo dorado.

Seguía el coche del Duque de Medinaceli con seis caballos negros y arneses blancos con flores. El Duque

vestía también el traje de maestrante, el del caballero D. Federico Varela y Ulloa su ahijado era de color verde y de la época de Felipe IV.

En el último coche tirado por caballos castaños con penachos encarnados y amarillos se presentaron el Duque de Osuna con uniforme de caballería y su ahijado D. José Cabañas con traje de color carmesí y de la misma época que el anterior.

En pos de las carrozas seguían veinte y ocho briosos caballos conducidos por palafreneros de la real casa engalanados con ricas libreas á siete por carroza, y con los jaeces de los colores respectivos á cada una; acompañaba la cuadrilla de lidiadores de profesion destinada á proteger al caballero en plaza.

La de Jimenez (*el Morenillo*) que defendía al primer caballero, vestía color verde y plata; la segunda á cuyo frente estaba José Redondo (*el Chiclanero*) para defender al segundo caballero, azul y plata; la tercera acaudillada por Juan Leon, castaño oscuro y oro y la

de Francisco Montes que era la última encarnado y plata.

Al pasar los coches por delante del balcon donde estaba la Reina se detenian, bajaban padrino y alijado, aquel presentaba á este á S. M. y despues de hacer ambos un saludo subian al carruaje y continuaba andando alrededor de la plaza. Los coches salieron por el arco de las Platerías; por otro punto salieron tambien todos los caballos menos los destinados á servir inmediatamente.

Trascurrió otro largo rato y aparecieron nuevamente los caballeros rejoneadores montados en sus caballos. Precedianlos dos hileras de guardias de la loncilla, vestidos á la chamberga, y acompañábanlos otras comparsas de diferentes trajes y las correspondientes cuadrillas entre ellas escuderos vestidos á la antigua con las armas de la villa. Detrás de toda esta comitiva iban doce picadores vestidos tambien con colores análogos á las cuadrillas á que pertenecian; marchaban luego seis alguaciles, y cerraban el acompañamiento cuatro juegos de mulas. Las cuadrillas, los muleteros y todos los operarios estaban lujosamente vestidos y llevaban sombreros de tres picos envez de las acostumbradas monterillas. Desembarazada por fin la plaza de todas las personas accesorias quedaron solamente los diestros de á pié y los caballeros: debajo del balcon régio la guardia de alabarderos cuya primera linea formaba la barrera y enfrente mirando á SS. MM. los seis alguaciles de servicio con los trajes de costumbre, montados en hermosos caballos y que como permanecieron en esta posicion durante la corrida, dieron frecuentes ocasiones á los silbidos tradicionales con que el público los salutaba cada vez que tenian que huir ante el toro y volver dispersos y desmantelados, ya sin sombrero, ya con la ropa descompuesta, al punto que la etiqueta les señalaba.

(Concluiré.)

ESCENAS POPULARES.

LOS BANDOLEROS DE ANDALUCIA.

(Conclusion.)

II.

Pasaron algunos momentos de angustiosa incertidumbre: parecia un sueño lo que sucedia: inmóvil el mayoral en su asiento, parado el zagal junto á las mulas, apiñados nosotros en el coche, nada venia á sacarnos de la inercia estúpida en que yacíamos: algunas palabras ó confusamente dirigidas al conductor: volvió el carruaje á moverse y nos apartamos del camino real para entrar en un olivar espesísimo cortado por zanjas que teniamos que rodear. Nadie hablaba. Concha estaba pegada á mi brazo que apretaba de cuando en cuando con movimiento convulsivo: Antonia sollozaba en silencio: mi hermano miraba inquieto á todas partes. Seguimos nues-

tra incierta ruta sin parar durante media hora: la luna habia perdido su luz ante los primeros rayos de la aurora naciente, y su pálido resplandor venia á iluminar los bultos de los ladrones que acompañaban en dos filas al coche. Sin saber que seria de nuestra suerte, sin armas con que defendernos, mi hermano y yo nos mirábamos en la mayor incertidumbre, temblando, no por nosotros, sino por la suerte de nuestras infelices compañeras.—¡A parar! gritó clara y distinta una voz áspera y desagradable: detuviéronse las mulas: saltó á tierra el mayoral, y despues de algunos instantes, abrióse la portezuela y asomó la cabeza feroz de un bandolero. Su sombrero caido sobre sus torvos ojos, su desaliñada y crecida barba, la espresion estúpida de su semblante nos causaron funesta impresion. ¡Vayan bajando uno á uno! dijo arrugando las cejas; yo bajé el primero, y en el momento me cogieron dos ladrones y con las sogas de la zaga me ataron á un olivo; á mi lado estaba tambien amarrado el infeliz mayoral, que como acostumbrado á semejantes lances, manifestaba la mas completa indiferencia: el zagal hablaba familiarmente con los bandidos y en su intimidad se conocia que habia obrado de acuerdo.—Saltó del coche la criada, y fué á parar entre aquella gente que la recibió con indecentes bromas: la infeliz muchacha se echó á llorar, pero cada vez redoblaba la algazara. Mi hermano miraba aquella escena desde la portezuela del coche; lo que veia era un anuncio de la suerte que aguardaba á su muger: sus ojos se encendian en cólera y sus lábios se pusieron blancos como la cal.—¿No baja V. caballero? le gritó con aspereza el ladron de la fea catadura.—Mi hermano bajó, pero al intentar amarrarlo empezó á luchar con desesperacion. ¡Ojalá se resiste este gallito? dijo el bandolero, y levantando el trabuco pegó con la culata un golpe tal sobre la espalda de mi hermano, que cayó de boca en tierra.—Al punto le agarraron y apretaron los cordeles entre sus brazos y un olivo.

En aquel momento sentí una angustia horrible en el corazon; la vista de mi hermano atado en frente de mí, con la cabeza caída sobre el pecho, el aspecto de aquella gente apiñada junto á la portezuela para ver bajar á mi cuñada, el vago presentimiento de una muerte horrible me hicieron temblar é irritarme á la vez. Hubiera dado la mitad de mi vida por estar libre con un puñal en aquel momento: pero aunque probaba el romper mis ligaduras las sentia mas apretadas á cada esfuerzo que hacia. Concha bajó medio muerta, pero al ver á su marido prorrumpió en gritos y en lamentos.—¡Calla V.! le dijo un bandolero tirándola del brazo: entonces se sentó en un surco y con la cabeza entre sus manos, se puso á llorar amargamente; Antonia, pálida como la muerte, se arrojó á su lado. El dolor hacia entonces interesantes á las dos hermanas: los ladrones las miraban inmóviles y casi penetrados de compasion: pero el bandolero de mal gesto los reunió para descargar el coche.—¡Vamos trabajando y silencio! dijo sin volverse siquiera á mirarnos.—Seño Luque, dijo uno de la partida encarándose con él, ¿no sería bueno que saliese alguno á esperar al capitán?—¿Para qué? respondió. José María

no ha de venir ya hoy y yo creo que se ha ido á vivir de otra manera: hace algunos días que no parece: ¿no estais contentos conmigo, muchachos?—Si señor, gritó un ladrón chico y grueso: V. nos dá mas vino que el capitán, y se va viviendo; V. es el segundo, y ya se ve loitos le obedecemos sin decir esta boca es mía.—La respuesta no debió agradar mucho á los bandoleros porque quedaron en silencio sin responder nada á la interpelación del señor Luque.

Los baules sacados del coche estaban ya en el suelo: la ropa blanca, los trajes, nuestra ropa rodaban en confusión: cada uno tomaba lo que mejor le parecía y lo apartaba en un monton distinto del de los demas. En un rincón del coche habia una canasta con botellas de vino de Montilla, regalo que pensaba hacer en Cádiz mi cuñada; pronto fué descubierta, y con los restos de un jamon, con un poco de pan y frutas que era nuestro repuesto, se improvisó un almuerzo entre aquella gente desalmada. Destapáronse botellas sobre botellas; el señor Luque escitaba á sus compañeros que bebían desmedidamente: los brindis mas obscenos se repetían en la reunion: los labios de mi hermano temblaban en combulsion continua, única señal de vida que daba. Yo entre tanto habia recobrado mi serenidad y calculaba á sangre fria: me era imposible concebir como podía ser aquella la partida de José María, cuya disciplina y dulzura se encomiaba por todas partes: si miraba la fisonomía de los bandoleros veía generalmente caras de contrabandistas atrevidas y francas, aunque ya trastornadas por la borrachera; pero la traza del señor Luque, sus torvas miradas me hacían estremecer. Por otra parte, yo no comprendía como teniendo tan cerca á los soldados del regimiento del Principe, se entretenían los ladrones con tanta calma.—Los nuevos brindis que resonaban junto á mí me distrajeron de estos pensamientos; advertí entonces que todas las miradas de aquella gente ebria se fijaban en mis cuñadas: un sudor frio corrió por mi cuerpo cuando ví levantarse á los bandoleros. Alce V. esa frente, niña, dijo Luque agarrando por la barba á la asustada Concha. Venga V. conmigo, gritó otro á su llorosa hermana.

¡Quieto todo el mundo! exclamó un ladrón joven y de resuelta fisonomía; no es justo que el segundo ni Perico nos dejen á nosotros sin hacernos caso, echemos á la suerte las señoras, y á quien Dios se la dé San Pedro se la bendiga.

—Al ás de oros, dijo uno de ellos, y sacando de su chaqueta una baraja mugrienta empezó á repartir cartas. No sé si fué casualidad pero los dos agraciados fueron el señor Luque y el mismo Pedro que se habia acercado á Antonia de antemano.—Mi hermano entre tanto bramaba de rabia: su boca arrojaba espuma hasta que, sofocado, dejó caer sin fuerzas su cabeza. El señor Luque y su compañero se dirigieron hácia las hermanas, quienes llorando resistían el contacto de sus manos impuras. La lucha duró por algun tiempo: Luque arrancó el pañuelo de la espalda de Concha, dejando descubierto su pecho que inflamó mas su lúbrica apetito: las fuerzas de mi cuñada se agitaban en combate tan de-

sigual; las pisadas lejanas de un caballo interrumpieron por un momento á los bandoleros; hasta que al fin cansados de tanta resistencia sacaron sus pañuelos para sujetarlas: la sangre abrasaba mis venas y se agolpaba á mis ojos: Concha y Antonia iban á caer desmayadas en los brazos de los dos bandidos, cuando se oyó un silbido cercano y en el mismo momento apareció un nuevo personaje en la escena. Todos quedaron en silencio y confundidos á su vista; él se adelantó rápidamente y agarrando al gigantesco Luque por la faja le arrojó violentamente á un lado. ¡El capitán! ¡el capitán! repitieron con alborozo los ladrones: ¡señor José María! le gritaron algunos con ternura cercánd le en derredor.—Yo pronto le reconocí, era el corredor de trigo que encontramos en el Carpio: Juan Serrano era José María.

Parecía en aquel momento un general irritado mas bien que un capitán de bandoleros: apartó con los pies los restos de las botellas y las ropas esparcidas por tierra: miró en torno de sí y nos vió atados: volvió su vista á Concha y una espresion de tristeza pasó por su semblante: sus ojos se clavaron luego sobre Luque que le devolvió sus miradas con altanería.—¿Es esto lo que yo te encargué? le dijo temblando de cólera; la partida de José María no viola mugeres ni maltrata á los hombres; si nos hemos echado al camino ha sido para vivir, pero no para hacer daño. Yo te conozco y te sigo hace tiempo, Curro; yo sé que á estas horas tienes una promesa de indulto en la faltriquera, pero no te escaparás. Has emborrachado á estos muchachos para que cometan crímenes y los ahorquen despues. Veo que no has contado conmigo. Hizo una seña y los bandoleros rodearon á Luque; este empuñó su trabuco, pero la mano de José María le agarró antes de que le apuntase: con una celeridad increíble sacó de la faja un cuchillo de monte, y antes de que pudiera acudir ninguno de los bandoleros lo habia hundido tres veces en el corazón del bandido traidor. Luque cayó en tierra, murmurando maldiciones, y el silencio mas profundo sucedió á su muerte.

¡Cobardes! dijo el capitán limpiando lentamente la sangre que goteaba del acero con su pañuelo de balista: ¿os entreteniais así en mi ausencia? Ganas me dan de abandonaros á los soldados que llegan. Efectivamente olíase aunque lejano, el paso de una partida de caballería.—Vamos continuó: todo el mundo vá á devolver lo que ha tomado: quien oculte una cinta siquiera se las habré conmigo: ¡á llenar pronto los baules! Sin un murmullo, sin la menor señal de descontento, empezaron aquellos mismos hombres, que nos hubieran asesinado antes, á volver á la zaga del coche las maletas y baules que habian bajado: mas ó menos estropeados volvieron todos los objetos á su sitio; y esto se hacia entre el temor que la llegada de los soldados causaba á los bandoleros.

¡Qué desaten á esa gente! gritó José María; en el momento nos vimos libres: mi hermano y mi cuñada se estrecharon llorando en los brazos el uno del otro; el capitán se acercó.—Es tarde, el tiempo vuela, dijo: es necesario marchar: pido á VV. mil perdones por la conducta de esta gente; siempre se han portado bien

estos muchachos, pero ese infame, añadió señalando al cadáver de Luque, los perdía.

Un grito de satisfacción entre los bandoleros acompañó estas palabras.—¡A caballo! ¡tomad por el atajo y esperadme en los cortijos de Diezal clamó con imperiosa voz José María: ya era tiempo, el ruido de la partida de caballería estaba cada vez mas cercano: pero los ladrones no querían dejar solo á su capitán: pronto gritó este, nadie me siga: yo estoy seguro, y señaló con gesto imperioso la ruta con la mano: nadie vaciló ya; los bandoleros se perdieron á escape en el olivar. En el calor de nuestro reconocimiento le hicimos mil instancias para que se pudiese en salvo. No hay cuidado nos dijo sonriéndose: y montando á caballo, siguió al estribo del carruaje, distraiendo con atentas palabras las terribles emociones que nos agitaban todavía.

Pocos minutos habríamos andado cuando nos hallamos con el valiente capitán Comares. Un aperador que á la sazón pasaba le contó que nos había visto entrar de un modo sospechoso en el olivar: dijimosle que nos habían asaltado tres rateros; pero que la valentía del corredor de trigo había matado á uno y ahuyentado á los otros: D. Roque tendió la mano á nuestro libertador y envió dos soldados por el cadáver de Luque para presentarlo en el pueblo.—¿Y por dónde firaron? preguntó ansioso Comares: ¡por allí! gritó el bandolero y señaló el lado opuesto al de la retirada de la cuadrilla.—¡Vamos por ellos muchachos! gritó D. Roque á sus soldados y despidiéndose de nosotros, metió espuelas á su caballo, para internarse en el olivar.

No hay cuidado alguno ya, nos dijo José María: queden VV. con Dios y dispensen lo mucho que han sufrido hoy. Ninguna de nuestras ofertas fué admitida.—Algun día nos veremos con mas tranquilidad, nos dijo, y tendiéndonos la mano que estrechamos con ternura, volvió las riendas de su jaca cordovesa y desapareció á galope por el camino.

Felizmente llegamos á Ecija: mi hermano y mi enñada estuvieron al mismo tiempo en la cama, enfermos de las espantosas impresiones de aquel día: fuimos á Cádiz, y aun en medio de la completa felicidad que gozaba, se estremecía Concha al oír hablar de ladrones: temblaba tambien la atolondrada Antonia, pero suspiraba sin querer al acordarse de la buena traza y generosidad de José María.

JUAN MANUEL DE AZARA.

FANTASIA.

El pájaro de Noviembre.

Era el día de los muertos.... El tañido de la campana que se oía desde el rayar el alba, lanzaba sus postreros quejidos en el circuito de las iglesias y el eco convul-

sivo palpilhaba aun en los aires como la agitada respiración de un niño despues de sudar.

El templado otoño, semejante al pluvioso estío, había dejado florecer aquí y allí algunas plantas salvajes, cuya sombra se extendía por la arena. Subaba á aquella hora una fuerte brisa que limpiaba los bosques, los valles, los caminos y los cementerios. Las flores se encerraban en sus cálces como esperanzas engañadas. El invierno asomaba su terrible y ceñudo semblante: aquel día era... el de los difuntos.

Un pájaro cruzó los aires con rauda vuelo cual una flecha disparada de su arco. Atravesó rápidamente por entre los árboles desnudos de nidos y de follaje, pasó rozando las amarillentas hojas que aun pendían de las ramas, y las dejó caer; despues se posó ligero sobre la verde punta de un ciprés, y se puso á dirigir miradas curiosas á uno y otro lado. En medio de aquel vasto recinto, y á lo largo de los montones de tierra colocados simétricamente como los surcos que el labrador acaba de sembrar, volvía en vano el pajarillo á derecha é izquierda su pequeña cabeza en busca de alimento. Ni un grano de semilla se veía, nada en fin había allí ni aun para sostener la vida de un miserable pajarillo.... porque aquel día pertenecía á los difuntos!

El ligero ruido que produjo con sus alas en el seco y descarnado ramaje, hizo estremecer á una jóven que se había quedado retrasada en el cementerio. El pájaro descarrado no se turbó por aquel testigo vivo, porque aquella figura que parecia pensativa, oraba inmóvil en secreto, con palabras tan bajas, que apenas llegaban á las tumbas, que no sabían tampoco que era su aniversario. Empero esto no es creíble! Los muertos no ignoran cual es el día que les está dedicado.

Si ninguno de nosotros acierta á comprender la inerte felicidad de los muertos, en cambio los vivos gozamos del imaginario deseo de entrever quizás sus espíritus flotantes en los aires, y escuchar su muda tristeza; he ahí por qué la jóven se mantenía de pié derecho inmediato á un terromontero, cuyo césped se había renovado ya por tres veces.

Aun no estaba aplastada la yerba con el peso de la piedra en la cual se hallaba grabado el nombre del cuerpo que yacía bajo el terromontero. La piedra estaba fija sobre el húmedo muro del cementerio, y mostraba el nombre de Julia casi ilegible entre las trepadoras matas que separaba en aquel instante la trémula mano de una muger.

Poseída de un enagenamiento desconocido, acababa de arrimar sus labios á aquel nombre de mármol cuyo frio no la hacia retroceder, y la que vivía preguntaba á la difunta que no podía verla ni oirla:

«Tú le has amado seguramente mas que yo, pues que tu amor te ha acompañado hasta la tumba. Alma tierna y borrascosa lanzada de este mundo en un esfuerzo desesperado, dime: ¿las ensangrentadas alas que se quiebran al romper su jaula, las sana Dios en los aires para que puedan volar hasta él á implorar su misericordia? Todos aquellos á quienes lo pregunto bajan los ojos y se ponen el dedo sobre la boca: ¿Dí, tú, la hermana mas jóven de

los difuntos, posees en alguna parte un sitio apartado y apacible para orar sobre las rodillas de tu madre? ¿No imploras la proteccion de la que lo es de todos? ¡Ah! Sin duda, una sombra se habrá interpuesto entre ti y ella. Elevándose sobre aquella imágen severa que condena y perdona á la vez... Cuando una jóven se vé fascina-

da por la mirada de un hombre, no se atreve á levantar la vista del suelo, y despues, cuando está sola se encuentra abatida y humillada delante de la madre de Dios, no hay ya sombras ni celajes, es verdad, pero no hay ya tampoco tiempo de arrepentirse.

Entonces se llora sin cesar y sin consuelo, mas triste



que la paloma que vé manchada su blanca pluma, y se reconocen los extravíos en lo profundo de las tenebrosas mansiones donde no existe Dios, y que no ha visto mortal alguno. Entonces se llora tan abandonada y sola como tú te vés ahí; por eso me aproximo yo á esta tumba fria y muda, único confesonario donde me atrevo á revelar mi tristeza, porque un corazon tan oprimido como el mio no se mitiga con vanas palabras. Tú sola puedes comprender su valor en medio del silencio, tú que permaneces ahí apacible y justa como el niño en el seno maternal. ¡Ah! que no vivieses aun como yo, como yo que me ha hecho mil veces mas desgraciada y miserable que á ti; tendria al menos el consuelo de merecer tu compasion, nos contaríamos nuestras penas y nos consolariamos mutuamente.

Responde, si es que puedes, á quien nunca te ha hablado cuando vivias, pero sin embargo, te conoce como si tu espíritu habitase dentro del suyo; porque yo amo por ti, por mi, por las dos, al que tú has amado hasta morir!

¿Me has visto alguna vez huir de él? ¿Me has dejado por heredera de tu indestructible amor? Esta idea es tierna y cruel, ¡ó Julia! tierna como tú que solo has vivido para amar; cruel como él cuyo amor mata!

Si él te ha olvidado, porque el hombre es ingrato, yo le obligo á prosternarse ante ti, porque su imágen siempre me acompaña, y yo estoy á sus pies! Si no te trae jamás flores, aquí tienes las que él me ha dado, nada tengo que me sea mas querido en el mundo: este sacrificio es bastante grande para que pueda ser digno de ti; acéptalas, querida hija, acéptalas, yo te las doy con todo el placer de mi corazon.

Esparcí en seguida su ramillete sobre la tumba de Julia en la yerba, hústia y húmeda como el dia de los difuntos.

¡Ay de mí! ¿por qué tus manos no han de poder alzarse y coger esas flores? Tus hermosas manos que un dia las llevaban tambien tan brillantes para regalárselas, ¿no es verdad? ¿se tiene tanto placer en regalar!

La tarde de aquel día fué cuando te conocí. Aquella

